

Albornoz, M.; M.E. Estebanes y Alfaraz, C. (2005) «Alcances y limitaciones de la noción de impacto social de la ciencia y la tecnología», en *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, Vol. 2, Nº 4, enero, pp. 73-95.

El principal problema al cual se enfrentan las teorías que buscan evaluar los efectos sociales de la ciencia: la imposibilidad fáctica de realizar mediciones cuantitativas de resultados sociales de la investigación. Esta imposibilidad se basa tanto la diversidad de formas que toman los productos de la ciencia en la sociedad, como, especialmente, por la multidimensionalidad de factores del contexto de generación y aplicación de la ciencia. Encontrar un indicador que indique en la esfera social la relación causa-efecto de un conocimiento científico particular no parece ser posible:

“La atribución de causalidades en la generación de impacto es, posiblemente, el principal problema teórico a resolver. La complejidad de los modos en los que el conocimiento se produce y es difundido en la trama social, compuesta por numerosos y heterogéneos actores, torna opaca la identificación del origen y la causalidad de los fenómenos. En idéntico sentido, el conocimiento científico y tecnológico no proviene, por lo general, de una fuente única, ya que investigaciones sobre temas similares son desarrolladas en distintos centros, tanto públicos como privados, de un país o de otro, y pasan en su transición desde el laboratorio hasta su aplicación social por un sinnúmero de intermediarios, con o sin ánimo de lucro” (Albornoz, Estebanez, Alfaraz, 2005; p.78).

Asimismo también es tema de discusión teórica la relación inversa existente entre ciencia y sociedad. Es decir, el estudio de los condicionamientos sociales a la práctica científica. En este sentido a los sociólogos de la ciencia se les presenta una tensión que, al menos en América Latina, no ha tenido aún resolución satisfactoria. Esta es la que existe entre autonomía de las instituciones científicas y la presión para que el conocimiento creado tenga alto impacto social (cualquiera sea la definición que se tenga de esta última categoría).

En general los teóricos de la ciencia contemporáneos (tanto sociólogos como economistas) han consensuado la crítica al modelo lineal de innovación. Sin embargo, los modelos alternativos creados implican una alta interrelación de las instituciones científicas con otras instituciones sociales y esto, a su vez, implica generalmente una pérdida de autonomía. Alrededor de este estrecho camino de cornisa es que caminan habitualmente los sociólogos de la ciencia:

“Por otro lado, la idea de autonomía de la ciencia se contrapone a la de su condicionamiento social, lo cual, en relación con el análisis de impacto social del conocimiento, abre la puerta a una posible paradoja. En efecto, la idea de impacto social focaliza la dimensión social de la producción y aplicación del conocimiento. Sin embargo, también conlleva la idea de que se trata de esferas separadas, una de las cuales impacta sobre la otra. Un primer corolario de esta concepción es el refuerzo de la idea de autonomía. Un segundo corolario es que el concepto de impacto, en la medida que postula que el origen del conocimiento es ajeno a su aplicación, reforzaría el modelo lineal de producción del conocimiento, el cual es antagónico a los enfoques centrados en la innovación y en la dimensión social” (Albornoz, Estebanez, Alfaraz, 2005; p.78).

Esta tensión irresuelta tanto en la teoría (aunque también en la práctica) que acabamos de plantear, lo que está manifestando es el desarrollo de abordajes conceptuales cada vez más complejos respecto de la producción, distribución y utilización del conocimiento. Esta complejidad, en teoría, busca reflejar lo que en la práctica implican dichos procesos. Así es como una corriente cada vez más importante dentro de los teóricos de la ciencia entiende que estos procesos pueden ser aprovechados al máximo a través de la construcción de redes de conocimiento.